

José Carlos Mancha Castro, *La Semana Santa y la construcción simbólica del franquismo en Huelva (1937-1961)*. Servicio de Publicaciones de la Universidad Internacional de Andalucía, 2020, 214 pp. ISBN: 978-84-7993-354-8.

MANUEL CARBAJOSA AGUILERA  
*Universidad Pablo de Olavide*

Galardonado con el Premio de Estudios Onubenses que convoca la Cátedra Fundación Atlantic Copper de la Universidad Internacional de Andalucía en su sede de La Rábida, este ensayo de José Carlos Mancha Castro, doctor en Antropología Social por la Universidad de Sevilla y cofrade, analiza el proceso de instrumentalización simbólica de la Semana Santa de Huelva en el período 1937-1961. El autor subraya que estamos ante «una fiesta-ritual cuya historia es reveladora de todo tipo de conflictos —sociales, económico-políticos, ideológicos, etc.—, pero expresados desde un nivel profundamente simbólico», para el que todo análisis integral y riguroso, y por tanto lejos de interpretaciones dogmáticas y reduccionistas de uno u otro lado, requiere aunar con espíritu científico la Antropología social y cultural, la Historia contemporánea, la Política y la Sociología (pp. 12-13).

Mancha comienza exponiendo los antecedentes históricos de la Semana Santa onubense destacando dos circunstancias que van a incidir sobre ella: la primera es el auge industrial y minero de la provincia de Huelva, que genera una burguesía mercantil de la que descuellan señaladas personalidades que van a intervenir en la vida política y social de la ciudad, transformándola en todos sus aspectos; y en segundo lugar destaca la aparición del regionalismo, del que se embeberá la Semana Santa adquiriendo un esplendor sin precedentes por las calles y templos de Huelva. Todo este proceso se ve bruscamente interrumpido con las tensiones derivadas de la polarización política que tiene lugar durante la Segunda República, que desembocan en la tragedia de la Guerra Civil en la que, inmediatamente después de los sucesos de La Pañoleta, se desata la violencia iconoclasta durante los días 20 y 21 de julio de 1936, arrasando, entre otros, con el patrimonio de la mayor parte de las cofradías onubenses.

En el segundo capítulo, el contexto que se abre tras la Segunda Guerra Mundial lleva a la dictadura a enfatizar su sentido nacionalcatólico. Junto a la miseria, el hambre o la represión, aquella Huelva empezaba sin embargo a ampliar su trama

urbana de la mano principalmente del arquitecto municipal Alejandro Herrero, que intentará por ejemplo resolver, entre otros, el problema de la vivienda humilde y el de la planificación racional de la ciudad.

En el tercer capítulo se analizan las cofradías que sobrevivieron a la Guerra Civil, destacando la Hermandad de los Judíos, que pudo salvar su patrimonio de la vorágine (p. ej., posee el único proyecto integral conservado de Juan Manuel Rodríguez Ojeda). Se aborda también el proceso de fundación de las nuevas hermandades de la Victoria, los Mutilados, las Tres Caídas, la Borriquita, los Estudiantes, la Sagrada Cena y el Descendimiento.

El cuarto capítulo abarca la pluralidad de aspectos que convivían dentro del mundo cofrade. De entre ellos, Mancha resalta el discreto papel de los cultos internos en algunas hermandades; en la imaginería descuella la labor de Antonio León Ortega (que tallando sus silencios huye significativamente de unos paradigmas con pretensiones esencialistas); en los pasos destacan José Oliva, Miguel Llacer y Miguel Hierro; son escasas las obras de bordado en estos años, aunque sobresale el palio de María Stma. de la Victoria, del taller de Manuel y Esperanza Elena Caro; destaca el protagonismo de Jesús Domínguez en la orfebrería; o la progresiva adopción del costal sevillano.

En el capítulo quinto, Mancha analiza el proceso de militarización de la Semana Santa onubense, señalando cómo desde el comienzo de la dictadura se propagó «el mito de la fundación y legitimación sagrada del nuevo régimen, [...] guardián de la esencia y de la identidad española» (p. 152). Se construyó un meta-relato que asimilaba la pasión, muerte y resurrección de Cristo con la pasión, muerte y resurrección de España, paralelismo que se acentuaba con la propia Semana Santa onubense en un palmario proceso de instrumentalización política de las devociones e identidades religiosas (pp. 155-156). Las hermandades y cofradías fueron utilizadas para desplegar aquella estrategia de «purificación de la religiosidad popular» despojándola «de elementos espontáneos, heterodoxos y costumbristas» (pp. 173-174).

En el capítulo sexto y último, Mancha analiza las hermandades surgidas en el período 1937-1961. Destaca cómo el neobarroco monopolizó la estética de la Semana Santa del franquismo. Tanto en la elección de algunas advocaciones, como en la intencionalidad de agrupar en torno a ellas a las notabilidades de la ciudad, se advierte que «estas fundaciones no provenían de una espontánea explosión del fervor religioso», sino que, convertidas en espacios de sociabilidad controlada, «poseían un doble carácter, híbrido, polisémico, religioso y político-nacional a la vez» (pp. 189-190).

Partiendo del proceso de reinención de las tradiciones, Mancha acierta al señalar en las conclusiones que las fiestas populares y rituales públicos, como la Semana Santa, han ido evolucionando a medida que lo hacía la sociedad (p. 199). Por ejemplo, el movimiento regionalista en la Semana Santa

andaluza fue interrumpido por la ortodoxia del franquismo (y, en un plano político-administrativo, por la idealización, junto a la nación, del municipio), imponiéndose un lenguaje basado en el paradigma de la religiosidad castellana so pretexto de sobriedad y pedigrí, censurando la espontaneidad de la religiosidad popular del Mediodía español. Mancha subraya la insistencia desde el poder en depurar a la Semana Santa andaluza de «elementos folklóricos, heterodoxos y festivos para ser convertidas en manifestaciones sociales de fe y catolicidad», transformando a las hermandades «en espacios sociales estrechamente vigilados» (p. 201). Se trataba de reinventar la tradición —de imponer una cerrada manera de entender la tradición—, interrumpiendo el proceso de horizontalización del período anterior en favor de un repliegue vertical de la Semana Santa. En la lógica de esta interpretación cerrada de la tradición, se censuraba toda huella de aquel período previo en el que se había desplegado un amplio abanico, plural y sutil, de identidades que sobrepasaba —y sobrepasa— a las más volubles identidades políticas, como habían advertido, entre otros, en ese «ver claro» orteguiano, Manuel Chaves Nogales, Antonio Núñez de Herrera o Eugenio Noel. Con la intuición premonitoria de los poetas, Juan Sierra denunció en *María Santísima* (1934) la tentación de la utilización política de los símbolos sagrados en un verso arropado entre las manos ahuecadas del paréntesis, susurrando a la Esperanza Macarena, tras haber sido refugiada en la humilde casa de Victoria Sánchez, en 1932: «(solo tu barrio te guarde)». Toda aquella manera abierta de entender la religiosidad popular —vocación de luz ajena a dogmatismos— quedó silenciada; permaneció la devoción interior de cada uno, porque, siguiendo al maestro Sierra, ese amor irrenunciable, esencia de libertad pues «yo te pienso cuando quiero», es «brisa que quema y no arde». Se impuso en su lugar el mito de la simbiosis religión-ejército-patria en una estrategia de patrimonialización e instrumentalización de la Semana Santa con el propósito de generar un discurso legitimador del régimen, como bien han estudiado, por ejemplo, César Rina, Francisco Javier Ramón Solans, Zira Box o Mary Vincent, entre otros. De este modo, la Semana Santa y sus devociones, como todo el país, quedaron atrapadas y convertidas «en un ritual férreamente controlado por el poder» (p. 202).

Las investigaciones en torno al proceso de significación y conexión del binomio política y religión en el marco de la irrupción de la sociedad de masas y el ensanchamiento de la libertad —que coincide, además, con la Edad de Plata de la cultura española—, así como las consecuencias coetáneas y posteriores de los extremismos a uno y otro lado del espectro político, están ampliando la comprensión del fenómeno poliédrico de la religiosidad popular. Las aportaciones de José Carlos Mancha contribuyen no solo a enriquecer la investigación académica sobre la temática, sino a consolidar el patrimonio bibliográfico de una realidad tan rica en significaciones como la Semana Santa. Su libro ilustra, y esto es importante subrayarlo, hasta qué punto las formas de religiosidad popular,

como en general las manifestaciones culturales, son la expresión de una sociedad y sus circunstancias en un tiempo concreto. Estamos, además, ante un libro que nos permite conocer mejor a la Semana Santa onubense y por extensión a la historia de la propia ciudad de Huelva.